

## REENCUENTRO

■ ■ Yasmín Santiago\*

— **A** ver, espérate —dijo Irene mientras tragaba el café y dejaba la taza sobre la mesa—, entonces, ¿la abuela sabía que al abuelo se lo iba a cargar el payaso?

La mirada de la chica escrutaba a la mujer, que terminaba de sacar la bandeja de pan tostado del horno. La dejó sobre la hornilla de la estufa, con la punta de la uña tocó la textura crocante del pan y se dio por satisfecha. Empezó a pasarlo, pieza por pieza, a una panera cubierta por una servilleta de tela. Observó a Irene, evaluando lo que le diría a continuación. Entornó los ojos y suspiró un poco fastidiada.

—Supongo —respondió. Se quedó callada un momento y continuó—: Supongo que si crees que puedes comunicarte con un espíritu por medio de la ouija, y que ese espíritu tiene algún interés en revelarte que tu esposo tendrá un accidente letal... pues sí. La abuela sabía que al abuelo se lo cargaría el payaso.

Puso el recipiente con el pan en medio de la mesa. Renato ya había servido el café: se ocupaba de tomar una rebanada de pan tostado y untarlo con mermelada de fresa y piña. Mordió el trozo y bebió un sorbo de café. Luego dirigió la mirada un momento a Vicente, que se entretenía en hacer ruiditos raros con la boca mientras le daba vuelta a su pan con una mano y tomaba la cuchara del café con la otra.

—Vico, ya prepárate el café —dijo con paciencia y una sonrisa discreta— se te va a enfriar otra vez.

—¿Qué sistema operativo prefieres, papá? ¿Windows 10 o Linux? —preguntó el chiquillo.

—Linux —respondió sin dudar Renato, y bebió otro sorbo.

\*Licenciada en Letras Españolas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL y maestranda en Educación Superior de la UMM. Es docente de lengua, literatura y humanidades con amplia experiencia, especializada en habilidades de lectoescritura en los niveles Medio Superior y Superior. Actualmente es maestra en la Preparatoria Núm. 3 de la UANL.

—¿Con qué sistema operativo funciona una ouija? —preguntó Vicente. Renato lo miró un momento, le dio risa y respondió:

—Una ouija no usa sistema operativo, no es una computadora.

—¿Entonces qué es y por qué sabía que el abuelo se iba a morir?

—Ya cállate, Vico, —dijo Irene muy fastidiada, le dio un mordisco a su pan, puso cara de desagrado y le untó más mantequilla—, ni sabes de qué estamos hablando.



Postal familiar

–No le hables así a tu hermano –dijo Yasmín enojada–. Ese pan ya tenía mantequilla, no le pongas más, qué asco.

–Le pusiste muy poquita, sabe panoso.

–Ha de ser porque es pan –respondió Yasmín cabreándose.

–Por eso, ponle más mantequilla y así no sabe tanto a pan –continuó Irene–, y ¿por qué no le dices a Vico que no se meta en conversaciones ajenas?

–Lo que se habla en la mesa es asunto común –sentenció Yasmín.

–¿Qué es una ouija? –continuó Vicente ante el permiso de apropiarse del tema de la plática. A Renato le dio risa. Irene giró los ojos exasperada. Yasmín respiró hondo: le daba tedio hablar de algo que realmente no le interesaba.

Yasmín se acomodó con la espalda recta en la silla. Lo pensó un momento: ¿cómo se lo explicaba?

–Es un juego de mesa que sirve para hablar con espíritus– respondió directa y bebió en seguida de su taza. Esperaba que esa explicación escueta desanimara a su niño.

Vicente la miró un momento. Desmigajó un poco su pan y se llevó un pedacito a la boca. Tomó el bote de leche y le puso una buena porción al café. Luego, agregó dos cucharadas de azúcar a la taza y empezó a menear el resultado con la cuchara, derramando algo de aquel potaje en el mantel. Renato miró de reojo al niño y no dijo nada. Yasmín lo miró con los ojos chiquitos, tratando de no lanzar el grito de advertencia de que no manchara la ropa de cocina. El niño se quedó callado y Yasmín suspiró, con la esperanza de haberse librado de la conversación.

–¿Qué es un espíritu? –preguntó el niño sin despegar la vista de su pequeño desastre.

Irene se botó de risa mientras Yasmín cerraba los ojos, Renato se sonrió, pensando qué diría su mujer para salir del apuro. ¿De cuántas preguntas sería la andanada que Vico estaba a punto de soltar?

–Según mamá, es algo que no existe –dijo Irene con suficiencia.

–Tu mamá sí cree en espíritus –intervino Renato, mientras colocaba su taza sobre el mantel–. Que no hable de ello no significa que no crea.

–Pero ni se para en la iglesia– replicó Irene.

–¿Y eso qué carajo tiene que ver? –intervino Yasmín con voz innecesariamente alta, sintiéndose atacada.

–¿Qué es una iglesia? –preguntó Vicente mientras acercaba la boca a la taza del café, sin levantarla, inclinándola ligeramente hacia sus labios sin despegarla de la mesa.

–Es un lugar a donde vas a hablar con tu amigo imaginario –dijo Irene con una sonrisa torcida.

–Que no te escuchen las abuelas. –Dijo Yasmín mordiendo su pan y fingiendo consultar el whatsapp para zafarse.

–¿Qué es un amigo imaginario? –Volvió a intervenir Vicente mientras jugaba con la yema de uno de sus dedos a atrapar cristales de azúcar dispersos en el mantel.

–¡Ay, ya cállense! –bufó Yasmín mientras Irene y Renato se desternillaban de risa. Agarró la taza del café y bebió un poco, tratando de recobrar una dignidad que sentía perdida–. Un espíritu es un fantasma. El alma de alguien que ya murió y se aparece a la gente viva.

Vicente la miró un momento, reflexionando en la respuesta de su madre, haciendo memoria de a qué pregunta lo refería. Se acordó y asintió satisfecho. Luego continuó:

–¿Y el muerto, ya está podrido en la tumba, o se muestra en su funeral, o cómo lo ve la persona viva?

Irene empezó a reírse ruidosamente mientras Renato se giraba sonriente hacia su niño y le revolvía el cabello con simpatía. Yasmín los miró escéptica, suspiró y se terminó su pedazo de pan. Se limpió la comisura de la boca con una servilleta, tomó otro trozo de pan, le puso mermelada y lo mordió de nuevo. Suspiró. Sería un desayuno muy largo.

–No, Vico. El muerto no está podrido... bueno, a lo mejor sí –reflexionó un momento, volvió a morder el pan–. De hecho, de seguro está podrido –dijo pensando en voz alta–. Bueno, lo que muestra no es su cuerpo, porque ya está muerto. Se aparece su espíritu, su alma. Es un fantasma, pues, una imagen de lo que fue.

Vicente la miró sorprendido, tratando de procesar la información.

–Pero, si ya está podrido y ya se lo comieron los gusanos, ¿cómo puede verlo alguien? –Puso las manitas en la mesa y se irguió en la silla–. ¡Eso no es posible! ¿Cómo crees que una persona muerta se va a aparecer a alguien? ¡Físicamente es imposible, no tiene lógica! –el niño abrió la boca tratando de explicar algo que le resultaba inconcebible–. O sea, ¡son patrañas! ¿Me tomas por tonto? –remató indignado.

Para ese momento, Irene y Renato estaban doblados de risa entre la expresión ofendida de Vicente y la cara inescrutable de Yasmín. Ésta contaba hasta mil antes de explotar en improperios contra el niño, la muchacha y el tipo que la acompañaban en la mesa. Irene se serenó un poco, y entre risas, le dijo a su hermano:

–Si vieras películas de terror con nosotros, sabrías lo que es un fantasma. Pero como te asustas, nunca te invitamos. ¿Te acuerdas de *El espinazo del diablo*? Allí salen fantasmas.

–¿Esas cosas feas y transparentes son fantasmas? –preguntó el pequeño, extrañado.

–Sí. Es gente que ya se murió, pero por alguna razón se sigue apareciendo en el mundo.

–Pero, ¿por qué querría aparecerse un muerto? O sea, ya se murió... –continuó reflexionando Vico en voz alta– ¿Quiénes podrían verlo? –arrugó la naricita con desagrado–. ¿Por qué querría verlo alguien?

Yasmín suspiró con cansancio. Apuró el último sorbo de café y se levantó de la mesa, llevándose el plato y la taza al fregadero. Abrió la puerta del patio y decidió fingir demencia ante las preguntas del niño, pensando que su esposo y su hija le darían su opinión al respecto. Los escuchó hablando mientras veía si los árboles del patio necesitaban agua. Luego



Arrullando a la luna

empezó a recoger la ropa seca de los tendederos con toda la parsimonia del mundo. Con las prendas entre los brazos, observó que Fernando, su tortuga macho, perseguía sin tregua a Tiffany, su tortuga hembra. Vio a Huntress y Linda, las gatitas de la casa, echadas sobre el asador. La miraron con pereza y cerraron los ojos. Una abeja pasó volando. Los pájaros trinaron en la morera. Y decidió que ya había matado suficiente tiempo y podía entrar a casa sin que Vico la notara.

–Mamá, ¿cómo está eso de que tú, y tus hermanas, y las abuelas han visto fantasmas? –preguntó Vico en cuanto la vio entrar. Yasmín fulminó a Renato con la mirada y arrojó la ropa en un sillón de la sala.

–Sí, mamá. Cuéntale de tu fantasma –dijo Irene cándidamente, como quien espera un cuento encantador. Yasmín bufó hastiada.

No hay nada qué contar –respondió–, no es para nada interesante.

–Sí es interesante –dijo Renato–. Al menos más que el fantasma de Irene.

–¿Has visto fantasmas, Irene? –preguntó Vico boquiabierto, dirigiendo una mirada asombrada a su hermana. Ésta sonrió con suficiencia.

–Sí, en el CARA –dijo dándose importancia–. Una vez que me quedé sola en el salón durante el recreo, miré por la ventana, y en el patio estaba observándome un viejito sonriente... sin pies.

–¿Sin pies? ¿Cómo se sostenía? –se rascó la cabeza Vico.

–Eso qué –dijo Irene con una sonrisa retorcida–, el de mamá no tenía ojos.

Vico volvió la mirada intensa, asustada, a su mamá. Yasmín cerró los ojos, se tomó con la mano derecha de la silla de Irene y se preparó mentalmente para lo que seguía. Renato no dijo nada, se acomodó en su silla y estirando la mano hacia la cafetera, se sirvió más café. Al final, Vico volvió a hablar.

–A ver, ¿cómo que no tenía ojos? ¿Dónde lo viste? ¿Cuándo? ¿Cuántos años tenía yo? ¿Por qué no me habías contado? ¿Por qué Irene y papá sí saben y yo no?

Yasmín fue por otra taza a la cocineta y se sirvió más café. Se sentó y sonrió, restándole importancia al asunto.

–Tu abuela y tu abuelo siempre han dicho que lo soñé –dijo Yasmín y luego dio un trago a su taza. Se quemó, pero no alteró su expresión sonriente. Vico siguió mirándola, esperando que continuara. Como se quedó callada, Vico dijo:

–El abuelo cree que sus hermanos siguen vivos. Su opinión no me parece confiable.

Renato sonrió mostrando todos los dientes. Luego miró a Yasmín, que se removió incómoda en su asiento.

–Ya cuéntale, no seas mamona.

Yasmín cerró los ojos, suspiró. Tocó la oreja de la taza y se la quedó mirando.

–Lo vi en el 2000. No sabías nada porque, obvio, no habías nacido aún y no es un asunto que te interese particularmente. Tu papá sabe porque en aquel entonces éramos novios y a alguien le tenía que contar. Tu hermana sabe por metiche. –La miró con reproche–. Y no tengo una puta idea de por qué no tenía ojos el hijo de perra.

–Ya. –Respondió Vico serenamente–. Puso su mejilla sobre la palma de su manita derecha con expresión curiosa y al mismo tiempo doctoral–. ¿Y luego?

–¿Y luego qué? ¡Pues eso!

–¿Cómo lo viste y por qué?

–No sé por qué lo vi, –respondió evasiva.

–Sí sabes, –continuó Renato con una sonrisa. Yasmín le dirigió una mirada asesina. Vicente la miró con interés e Irene empezó a escribir en el celular, fingiendo indiferencia.

–Tu papá y yo acabábamos de comprar unos libros usados, –dijo Yasmín–. Hacía dos o tres días que los habíamos encontrado en una librería de viejo. Uno era *Milagros de nuestra señora*. El otro *Los idilios del rey*. Los dos eran ediciones muy viejas, de principios del siglo XX, muy bonitas. –Se quedó pensando, tratando de recordar las circunstancias exactas de la aparición–. Tus abuelos salieron muy temprano de casa, porque tenían que hacerse estudios de sangre en el IMSS, y me dejaron en mi cuarto, viendo la tele. Estaba cambiándole a los canales con el control remoto.

Yasmín se quedó viendo a sus manos, incómoda. Siempre que se acordaba, le daba coraje. Toda su familia había tenido alguna experiencia sobrenatural, y nadie las ponía en duda. La suya había sido tan ridícula, que no le creían. Alguna vez, siendo muy joven, había contado la anécdota a sus alumnos en un momento muerto, antes de cambiar de hora. Renato nunca la había cuestionado y a Irene le parecía una anécdota fascinante. Por otro lado, Vico, con su asperger, no era la persona idónea para contarle historias de ese tipo. No concebía que algo pudiera suceder fuera de las leyes de la lógica y la cotidianidad. Aún así, el niño la miraba interrogante. Decidió continuar.



Elefantito

—En la televisión había noticias sobre la huelga de la UNAM. Por eso sé que no estaba soñando. Mientras veía el reportaje, empecé a escuchar una voz a un lado mío, en el librero —miró de soslayo, hacia la ventana—. Una brisa ligera agitaba las hojas de la morera y los pájaros cantaban. —Sonrió ligeramente, recordando—. Frente a mi librero estaba un hombre bajito, calvo. Tenía pantalones caqui y camisa de cuadros. Estaba viendo mis libros y mencionaba títulos que yo no conocía, —tragó saliva—. Me sentí asustada. Me dio mucha rabia que alguien que no conocía se hubiera metido a mi cuarto. Me levanté de la cama y le grité: ¿Y tú qué putas haces aquí?

Renato, Irene y sobre todo Vico miraban a Yasmín con interés. Ésta no dejaba de mirar a través de la ventana. Frunció la boca. Resopló.

—¿Y qué pasó? —preguntó Vico.

—Pues nada. Que el muy maldito se volteó para verme, —dijo Yasmín—. Era un tipo tal vez cuarentón.

Insignificante. Pero me sonrió y se acercó la mano al oído, simulando un aparato telefónico. Sentí que me miraba a través de sus lentes —se detuvo un momento y bajó la mirada—, pero no tenía ojos. —Miró a Vicente, que a su vez la observó con los párpados muy abiertos—. Detrás de los anteojos tenía las cuencas vacías.

Yasmín suspiró. Listo. Ya le había contado.

—¿Y ya? ¿El estúpido fantasma loco te sonrió y punto?

—¡No! —gritó Yasmín cabreadísima—, el desgraciado me dijo que tenía mi teléfono y se desvaneció en el aire. ¡Se desvaneció! ¿Qué clase de fantasma de quinta te dice que tiene tu teléfono y se desaparece? ¿Por qué a un puto fantasma le va a importar tener el ... número de teléfono de alguien? ¡Ya se murió! ¿A quién le va a llamar por teléfono? ¡Pinche vato ridículo!

Para entonces, Irene y Renato estaban desternillados de risa. Renato trataba de acariciarle el cabello a Yasmín, que se sentía francamente humillada por contar eso. Vico la miraba con curiosidad.

—Pues tienes razón. ¿Qué importaba el teléfono?

—Tu mamá acababa de contratar una línea telefónica, Vico. —Respondió Renato—; cuando mucho tenía dos semanas de haberlo hecho. Al fantasma debe haberle parecido divertido hacerle saber que podía acosarla telefónicamente.

—Aparte de ridículo, acosador. —Comentó Irene entre risas, agarrándose el estómago.

—Pero, ¿por qué se te apareció justo a ti?

—Por los libros —respondió Renato tomando a Yasmín, que ya no quería hablar, de la mano—. Tu mamá siempre ha creído que llegó a su casa siguiendo uno de los libros que compramos. Aunque no sabríamos decir cuál. Los hemos conservado desde entonces y ya no ha vuelto a aparecerse.

—¿Y estaba buscándolo en el librero? —preguntó Irene.



La vuelta al mundo

—Yo digo que sí —susurró Yasmín, mirando a sus dos hijos—. Yo creo que buscaba su libro. Y que los títulos que nombraba eran los que habría esperado ver en su propio librero.

Se quedó callada y desganada. Triste. Se imaginaba a sí misma buscando eternamente un libro que había amado. ¿A dónde se habría ido? ¿Quién lo habría tomado? ¿Lo tratarían con cuidado? Suspiró.

—Pobres de ustedes si de deshacen de mis libros y mis cómics cuando me muera —los miró amenazante—. Den por hecho que voy a venir en las noches a jalarles las patas y a decirles qué les faltó por hacer durante el día.

Vicente sonrió un poquito. —¿Ya no te volvió a molestar?

—Por un tiempo, me hizo travesuras —respondió Yasmín mientras se apretaba el puente de la nariz—. Por esa época, unos cuantos meses después, tuvimos que cambiarnos de casa. Hasta que eso sucedió, el muy maldito me escondía cosas. —Vico sonrió abiertamente, divertido—. Un día desapareció

mi peine, y otro mi cepillo de dientes. Mientras trataba de dormir, escuchaba el ruido de unas uñas rascando debajo de mi cama —Irene bajó la vista, eso no le parecía divertido—. La noche antes de mudarnos, cuando guardábamos las últimas cosas en sus cajas, mi peine apareció en el cajón de los cubiertos. Y mi cepillo de dientes en el congelador.

Vico soltó una sonora carcajada: límpida, feliz. Miraba a su mamá con unos ojos transparentes y radiantes. Renato e Irene rieron también, y finalmente, Yasmín sonrió.

—¿Te imaginas, Vicente, qué fantasma tan ocioso y cabrón? —preguntó el padre, todo sonrisas, al niño— ¿Te imaginas a mamá rabiando porque le escondieron el peine?

—¡Sí! —exclamó el niño—. Con lo que batalla para peinarse —y se botó de risa. Luego se quedó callado un momento, reflexivo—. ¿No lo has visto nuevamente, ahora que cambiamos de número de teléfono? —preguntó mirando a su mamá.

—Sólo eso me faltaría. —Respondió con un gesto despectivo.

Vicente se quedó callado. Se levantó, tomó los platos y las tazas de todos y se dirigió al fregadero.

—Voy a lavar los platos. Que Irene lave la ropa— dijo el pequeño.

—¡No necesito que me recuerdes lo que me toca hacer!— gritó Irene indignada.

—Y que luego haga su tarea, —continuó Vicente imperturbable—, porque ayer se la pasó viendo videos de sus *streamers*.

—¡Cabrón! ¿Y eso a ti qué te importa? —gritó la chica enojadísima.

—Cállate, Vico. Nada más tu padre y yo los mandamos. Tú y tu hermana se apoyan. Agarra la onda. Y tú, —dijo volteando hacia Irene—, no le grites, que lo puedo hacer sin tu ayuda.

Irene se fue muy molesta hacia las escaleras. Se oyó un portazo lejano. Renato besó a Yasmín en la mejilla y fue con Vicente, para conversar de algo que sólo al niño le interesaba. Cuando se quedó sola en el comedor, Yasmín decidió salir al jardín un momento, a despejarse.

Luego de un rato de arrancar hojas secas y monear flores, regresó al interior de la casa. Renato estaba en la mesa del comedor, trabajando en la computadora. Irene bajó las escaleras con un bulto de ropa sucia entre los brazos y los audífonos zambutidos en las orejas: le sonrió al pasar hacia la lavadora, en el patio. Vico no estaba a la vista. Se acercó al sillón de la sala donde estaba el montón de la ropa limpia y lo tomó. Se dirigió a su cuarto.

Cuando entró, Vico estaba sentado en la cama, mirando hacia el librero. Estaba pensativo. Su carita, aunque seguía siendo infantil, ya empezaba a perfilar rasgos de adolescente. La mirada serena y escrutadora le otorgaba expresión adulta. Miró a su mamá con una sonrisa tenue y transparente en los labios.

Yasmín dejó la ropa en la cama, detrás de su hijo, y se sentó en el sillón que estaba al lado del librero, le extendió los brazos al niño que se levantó y se le acurrucó. Siempre le resultaba reconfortante que, a pesar de su asperger, Vicente fuera tan afecto

al contacto físico. Por eso les había sido tan difícil creerse que el chico fuera autista. No terminaba de encajar en ese perfil. Vico le pasó los bracitos por el cuello y la abrazó.

—¿Sabes? Él sí sabe que cambiaste de teléfono —dijo Vico con voz divertida. Yasmín abrió los ojos, lo apartó un poco de sí y lo miró fijamente.

—¿Qué?

—Que sí sabe que cambiaste de teléfono, —dijo una seguridad escalofriante—. ¡No me mires así! Soy autista; no tonto, ni loco. El tipo sabe que cambiaste de teléfono. Ahora, después de lo que contaste, sé que no lo he imaginado ni soñado, —continuó con voz tranquila—. Sigo sin entender por qué un libro es tan importante como para mantenerlo entre nosotros, pero debes saber —explicó tomándola de las manos— que no es mala persona.

Se acercó al librero y saco de un estante *Los idilios del rey*, y se lo pasó a su madre. La miró sonriente.

—Está agradecido de que lo estés cuidando. Me ha recitado algunos poemas en las noches. No los entiendo, creo que están en inglés —continuó—, pero sé que este es su libro porque la primera vez que lo vi estaba parado aquí —a Yasmín se le erizó la piel— y le mimaba el lomo.

Vico la miró sonriente, le dio un beso y se marchó a su cuarto, tan campante.

Yasmín se quedó con el libro en las manos y lo miró largamente. Lo abrió, lo acarició, y al final lo puso en su sitio. Se quedó parada delante del librero, memorizando los títulos.

—Un día —dijo en voz alta—, tú y yo nos encontraremos. Y tendremos muchas cosas de qué conversar. —Sonrió—. Pero si molestas a mis hijos, querrás morirte de nuevo.

Salió de la habitación y bajó las escaleras. Sobre la cama se quedó la ropa limpia y desordenada, iluminada por un rayo de sol que entraba por la ventana, mostrando las motas de polvo suspendidas en el aire.